

## ELOGIOS ACADEMICOS

**El Dr. Manuel Escontría Salín**

**Ensayo biográfico \***

Por el Dr. RIGOBERTO AGUILAR,  
académico de número.\*

Si el afecto y la estimación que se profese a un hombre fueran el único y fundamental requisito que autorizase el goce de rendir públicamente un homenaje a su memoria, no sentiría la profunda preocupación que embarga mi espíritu al emprender una tarea muy superior a mi capacidad. En efecto, para estudiar la recia personalidad del Dr. Manuel Escontría, resultante lógica de su fuerza espiritual constituida por la firmeza de sus convicciones, por su culto constante a los conceptos morales del bien, el deber, el honor, la verdad y la justicia, los cuales siempre normaron los actos de su vida; para estudiar, repito, una personalidad de tales proporciones, se requieren cualidades superiores que no concurren en mi modesta actuación de biógrafo improvisado. Es por ello que la única excusa que podría exponer como justificación de mi atrevimiento, sea el párrafo del reglamento de esta docta institución que exige al nuevo académico que ocupa el sitial del desaparecido, hacer el elogio a su memoria.

Las circunstancias me brindaron la oportunidad de ser su amigo cuando, luchando por los mismos ideales, tuve la satisfacción de actuar a su lado; fué entonces cuando pude aquilatar la firmeza de sus conocimientos, la sagacidad de su espíritu clínico, y, sobre todo, sus grandes virtudes como ciudadano.

Fué un luchador infatigable durante toda su existencia; como estudiante, como médico y como ciudadano, puso siempre todas las energías de su ser al servicio de toda causa noble. Un radicalismo esencial puesto en defensa de todo ideal de justicia y

---

\* Leído por su autor, en la sesión del 26 de julio de 1944, antes de presentar su trabajo de ingreso como académico de número.

libertad, un amor entrañable por su patria, un anhelo ferviente de lograr la mejoría económica y espiritual de nuestro pueblo y la realización de sus ideales democráticos, constituyeron siempre las características primordiales de su alma brava y generosa, a la que jamás lograron doblegar ni el dolor, ni la incompreensión, ni las injusticias y ruindades humanas. Por ello, su personalidad nunca se esfumó en las tinieblas del anonimato; sino que brilló siempre con esplendor de aurora hasta que quiso el destino que se confundiera su gran fuerza espiritual en el gran todo que oculta el infinito.

Quiero, antes de proseguir, manifestar mi propósito de aquilatar y no exagerar los méritos de las acciones que constituyen la vida del Dr. Escontría. Si alguna vez pudiera parecer que me apartara de dicho propósito, más bien será debido a que muchas de ellas, nada comunes en el ambiente de catástrofe de los valores morales en que actualmente vivimos, han revestido caracteres heroicos.

El Dr. Manuel Escontría Salín nació en la ciudad de San Luis Potosí, capital del Estado del mismo nombre, el día 13 de mayo de 1888. Fueron sus padres Don Blas Escontría, Gobernador entonces de dicho Estado y posteriormente Ministro de Fomento en el Gobierno del General Porfirio Díaz, y Doña Guadalupe Salín de Escontría. Hombre de grandes méritos, Don Blas Escontría fué célebre por su honestidad y rectitud y comprendido y amado por su pueblo al que supo servir lealmente; su brillante actuación es aún recordada con beneplácito por los potosinos. Doña Guadalupe Salín, hija de españoles, virtuosa dama y madre modelo formó con Don Blas el cristiano ambiente moral en que principió a forjarse el carácter del que supo siempre enaltecer las virtudes de sus progenitores.

Fué bautizado con los nombres de Manuel Pedro Luis y ocupó el tercer lugar entre sus hermanos cuyos nombres fueron: Guadalupe, Rafael, Mercedes, Blas, María, Luis, Joaquín, Javier y Josefina.

Principió su educación primaria en su ciudad natal y la terminó en el Colegio de Mascarones de esta ciudad, en el cual hizo también sus estudios preparatorios. El carácter religioso de esta institución dirigida por padres jesuitas, influyó seguramente en

la formación de su credo religioso al cual fué fiel durante toda su existencia.

**Manuel Escontría, estudiante de medicina.**—Inició sus estudios médicos en la Escuela Nacional de Medicina en enero de 1906. No tardó en destacarse entre sus compañeros como el más íntegro, el más valiente y entre los primeros por su dedicación y aprovechamiento. Fué por ellos admirado, querido y respetado; cariñosamente le llamaban el “Chamaco Escontría”, causándoles admiración el contraste notable entre su endeble contextura física y la enorme energía desplegada en todas sus actividades.

Sus maestros le apreciaban y algunos de ellos le demostraron su confianza encomendándole tareas destinadas a los consagrados. Es conocido el hecho de que el Dr. Juan Hernández le dejaba operar en su servicio siendo apenas alumno del 3er. año. La clínica le apasionó mucho y en ocasiones blasonaba ante sus amigos de sus éxitos en el diagnóstico; pero fueron sobre todo su rectitud y su valor civil a toda prueba, los que hicieron del “Chamaco Escontría” el ídolo entre sus compañeros, los cuales aún cuentan algunas anécdotas de su vida estudiantil.

En una ocasión, siendo Director de la Escuela el famoso maestro Dr. Don Eduardo Licéaga, invitó al no menos célebre mentor Don Justo Sierra, Ministro de Instrucción Pública, a inaugurar un laboratorio; se aprovechó la oportunidad para mostrarle las principales dependencias del establecimiento. De repente, hizo su aparición el “Chamaco Escontría” y dirigiéndose al Ministro, lo tomó del brazo y, ante la expectación de todos, lo condujo a los servicios sanitarios que se hallaban en pésimas condiciones. El célebre educador no pudo menos que exclamar: ¿pero es posible que en el Templo de la Medicina exista esta inmundicia?, y ordeno el arreglo inmediato de dichos servicios. No faltó quien pusiera allí un rótulo con la inscripción: “Excusados Manuel Escontría”.

Siendo director del Hospital General el Dr. Fernando López, quiso ocupar con médicos las plazas de internos que se adjudicaban a los estudiantes de medicina. Estos protestaron y, apoyado el director por el Gobierno, Escontría pronunció un valiente y vibrante discurso en el que expresó no comprender por qué

no se tenía el valor suficiente para reconocer que en México sólo se hacía la voluntad del tirano.

Su actitud frente al Dr. Terrés revistió caracteres heroicos: Indignados los alumnos porque el célebre maestro los había injuriado interpretando como una ofensa una acción ejecutada con fines muy contrarios, resolvieron, como represalia, darle una lección, indigna por cierto, del respeto que merecía el gran sabio. Se situaron en el Jardín de Santo Domingo más de 100 estudiantes y como 200 personas del pueblo. Se enteró el Doctor y, con paso resuelto, se dirigió hacia el grupo del cual se desprendió a su encuentro la figura endeble pero brava y decidida del "Chamacuco Escontría"; mas, al considerar el valor del maestro, exponiéndose sólo a ser vejado por la multitud, se detuvo de pronto, y su silencio expresó el dominio de pasiones inferiores ante el reconocimiento de la grandeza espiritual de su digno contrincante. De ahí nació una amistad que duró para siempre.

Sus grandes virtudes ciudadanas le hicieron descollar también en la política estudiantil; habiendo representado a los alumnos de medicina ante el Consejo Universitario durante el período 1910-1911. Fué de los organizadores del Primer Congreso Nacional de Estudiantes, y delegado al mismo en 1910. Sus ideales democráticos le hicieron afiliarse a la causa maderista, en la que militó con tal ardor que el día de las elecciones fué preso en compañía de varios estudiantes, habiendo sido libertado por don Guillermo de Landa y Escandón, amigo de su padre y Gobernador entonces del Distrito Federal.

En mayo de 1911 se incorporó a la benemérita institución de la Cruz Roja, habiendo prestado destacados servicios antes y después de presentar su examen profesional.

**Manuel Escontría, el médico.**—Obtuvo su título profesional con fecha 11 de septiembre de 1911. Poco después fué enviado a Chiapas por el Dr. Terrés como médico de la Cía. de Seguros "La Latino-Americana". Incomunicado por la revolución tuvo que trasladarse a Guatemala y, al regresar, prestó sus servicios como médico del Hospital de los Ferrocarriles en la Ciudad de Guadaluajara, habiéndose encargado después del Hospital de los mismos en Tierra Blanca, Veracruz. De esta ciudad se trasladó en 1916 a la de Tuxtepec, Oaxaca, donde conoció a la que más tarde lle-

gó a ser su inseparable compañera. Los vecinos de esta ciudad aun recuerdan su apostólica actuación al combatir una epidemia de viruela que diezmo la población y los poblados circunvecinos. Luchando como un héroe se ganó la admiración y el cariño de todos los sectores sociales.

Posteriormente, se encargó del servicio médico de la fábrica "Santa Rosa" en Orizaba, Veracruz, habiéndose ganado el cariño y respeto de los obreros y sus familiares. De este lugar volvió a Tuxtepec en busca de la que había escogido para compañera de su vida, la distinguida y virtuosa señorita María Teresa Pratz, perteneciente a una ejemplar familia de la localidad. Con ella contrajo matrimonio el día 22 de abril de 1918, volviendo ambos a Santa Rosa donde fijaron su residencia hasta el año de 1924 en que, dando oídos a sus ansias de superación y perfeccionamiento, resolvió trasladarse a Europa a realizar sus anhelos de especializarse en las enfermedades y la alimentación de los niños.

Cerca de dos años permaneció en París, dedicado al estudio de esta especialidad, habiendo tomado parte en los siguientes cursos: En 1925-1926. Curso Magistral de Medicina Infantil de la Universidad de París a cargo del Profesor Nobecourt. 1925-1926. Curso de Cirugía Infantil y de Ortopedia a cargo del Profesor Ombredanne. 1925. Curso en la Escuela de Puericultura de la Universidad de París, habiendo obtenido el diploma respectivo en los exámenes sustentados los días 17 y 18 del mes de noviembre.

Regresó a México en 1926 y, al establecerse en esta capital, comenzó una nueva etapa de su vida como médico, en la que dedicó todas sus energías, todo su tiempo, al cultivo de la especialidad que siempre le había apasionado. Desde ese momento no hubo descanso para él; tal parece que obedeciendo a una rara fatalidad, se sentía obligado a luchar día y noche tratando de calmar el dolor de los niños y la angustia de los padres. Y no era por el afán de labrarse una bonancible posición económica por lo que él luchaba, pues nunca supo hacerse pagar equitativamente sus honorarios y una gran parte de lo que ganaba lo gastaba en ayuda de los necesitados.

Su triunfo no se hizo esperar. Su fama se extendió rápidamente y llegó pronto a ser uno de los pediatras más conocidos y de mayor prestigio de la capital y del país.

La Academia Nacional de Medicina lo recibió en su seno con fecha 22 de diciembre de 1926, habiendo sido propuesto por los señores académicos Doctores Francisco Castillo Nájera, José Torres Torija, Rafael Silva, Angel Brioso Vasconcelos y Gonzalo Castañeda. Presentó su trabajo de ingreso sobre "Puericultura Pre-Natal, Mortalidad Infantil Precoz y Morti-Natalidad".

Damos a continuación los títulos de los otros trabajos que presentó a esta docta institución: "La Desnutrición en la Primera Infancia"; "Infecciones Faringeas e Infecciones Generales"; "La Eugenesia y la Limitación de la Natalidad"; "Puericultura y Educación Sexual"; "La Fiebre en el Recién Nacido"; "La Guayaba en algunos Padecimientos Instestinales"; "Fiebre de Malta. Lo observado en niños en México"; "La Epidemia de Escalartina de 1936-1937"; "Las Fiebres Post-Escarlatinosas"; "Los Ataques Convulsivos en la Primera Infancia (Capítulo de una obra futura)"; "Las Fiebres Post-Sarampionosas".

En todos ellos se advierte el gran sentido clínico, la precisa y minuciosa observación y el sello de originalidad que fueron características de sus trabajos científicos.

Día a día se multiplicaron al par que sus actividades profesionales sus actividades científicas. La Sociedad Mexicana de Puericultura, actualmente llamada de Pediatría, le contó entre sus miembros más prestigiosos, habiendo presentado en ella valiosos trabajos. Fué Profesor Fundador de la Cátedra de Pediatría en la Escuela Médico-Militar; y Profesor de Clínica Pediátrica en el Segundo Curso de Especialización para Médicos Puericultores, organizado por el Departamento de Salubridad. Colaboró brillantemente en las "Jornadas Pediátricas" efectuadas con motivo de la celebración del Centenario de la Facultad de Medicina y en los cursos de especialización pediátrica organizados por el Departamento de Salubridad y la Secretaría de la Asistencia Pública.

A pesar de las múltiples actividades que tenía que desempeñar, siempre dedicó algunas horas al estudio de la literatura médica mundial, lo que le permitía tener al día sus conocimientos científicos; al mismo tiempo cultivaba su intelecto con la lectura de obras literarias, sociales e históricas, a las que era muy afi-

cionado; por lo que su cultura general, al igual que su preparación científica, era muy amplia. Muchas veces le sorprendió la aurora inhibido en esta clase de lecturas, y fué tal su afán de cultivar su espíritu que olvidaba por completo el cuidado de su salud corporal, lo que no sería raro haya influido en precipitar su muerte.

**Manuel Escontría, el hombre.**—Si ejemplar fué su vida como estudiante y como médico, grandes fueron sus virtudes como ciudadano. Luchó hasta el postrer momento por la realización de sus ideales democráticos, y por el engrandecimiento de su patria a la que amó como pocos la han amado. Jamás aceptó ninguna liga gubernamental que pudiera impedirle la realización de su noble misión. La oposición fué su elemento y la independencia su mayor placer. En un ambiente donde se hace escarnio de los ideales democráticos y se blasona de ellos, con valor, con enorme valor, retó constantemente a los conculcadores. El medio nunca pudo absorberlo y luchó febrilmente por mejorarlo. Por no saber claudicar no se adaptó a su época y por eso morirá con ella y paseará su figura legendaria en la posteridad.

Con sus amigos fué siempre leal y afable; gozaba con sus triunfos y discretamente les prestaba su ayuda cuando él comprendía que la necesitaban. Me relata un médico centroamericano, gran amigo de él, que habiéndosele exigido en cierta ocasión en la Secretaría de Gobernación que demostrara si tenía recursos suficientes para sostenerse en México, él, que no los tenía, le platicó a Escontría su situación. Al día siguiente recibió un documento debidamente legalizado y firmado por el Dr. Escontría, en el cual éste se consideraba deudor de treinta mil pesos, los cuales se comprometía a pagar con los correspondientes intereses. De esta manera salvaba la situación del amigo y le demostraba su absoluta confianza.

Manuel Escontría fué durante toda su vida un benefactor. Creyente fervoroso pero no fanático, practicó la caridad cristiana cual la aconsejaba el Redentor en su sermón de la montaña. En 1942 comunicó a su amigo muy querido el Dr. Alduvín, su decisión de arreglar todos sus asuntos para trasladarse a su Estado natal donde pensaba realizar una obra apostólica en favor de los niños pobres a cuya protección quería dedicar el resto de su vida.

¡Tal era el hombre en sus diversos aspectos de ciudadano, patriota, amigo y benefactor!

Vivió siempre sembrando el bien, fué su existencia una continua donación y la muerte le sorprendió en el cumplimiento de su noble misión: la de salvar la vida de los niños a los que tanto amó. ¡Quizá interpretando que el destino no quiso darle hijos para que no concentrara su amor en ellos y pudiera verterlo en todos los demás!

Pasada la medianoche y en la primera hora del día 1o. de julio de 1943 examinando a un hijito del Dr. Roldán, cayó víctima de una hemorragia cerebral a la que sólo pudo sobrevivir por pocos días, exhalando el 4 de julio su postrer aliento. Su muerte, como su vida, fué gloriosa; cayó, como dijera el poeta: "con la bandera entre los duros y apretados dientes".

Innumerables fueron los amigos que le acompañamos a su postrer morada; sentidas oraciones fúnebres fueron pronunciadas ante su fosa; de la muy conmovedora del Dr. Ricardo Alduvín he creído conveniente recordar algunos párrafos: "Y tan pura como su fe y tan grande como su valor fué su bondad. El sabía que el bien era el camino y la verdad y la vida; sabía que fuera de él nada hay de noble en nuestra pobre miseria humana; que credos y doctrinas y principios son fútiles, son mentirosos y son mezquinos si no se traducen en la mano que socorre o la mano que bendice; en el labio que consuela o en el amor que embalsama. El sabía que si amargos son los dolores del cuerpo, igualmente amargos son los del alma y junto con la bendición de la ciencia impartía igualmente la bendición del pan que mitiga el hambre y la de la caridad que conforta el espíritu. Y así fué toda su vida luminosa; de lealtad consigo mismo, con su credo, con su patria, con el hombre; de respeto para los que no teníamos su mismo credo, para los que no tenían su misma patria y para los que, alejados de él por las ideas, estaban confundidos con él en una suprema aspiración de amor y de bien".

Su memoria comienza a ser honrada. La Secretaría de Salubridad y Asistencia, a petición de la Dirección de Asistencia

Infantil, acordó lleve su nombre el magnífico Centro de Higiene y Asistencia que próximamente se inaugurará en la Villa Alvaro Obregón.

¡Que su recuerdo nos sirva de estímulo para luchar por lo que él siempre luchó, y que su vida ejemplar sea guía luminosa en la posteridad!